

los sus ojos y corazon, escede y sobrepuja infinitamente todo eso. Y con esta consideracion arraigada en las entrañas desarrimade de sí como de caña quebrada, y anda arrimado y confiado siempre en Dios, conforme á aquello del Profeta Daniel: "No confiados en nosotros, ni en nuestros merecimientos y buenas obras, nos atrevemos á levantar nuestros ojos á vos y pedirnos mercedes, sino confiados, Señor, en vuestra grande misericordia (1)."

CAPITULO XIII.

Del segundo grado de humildad: declárase en qué consiste este grado.

El segundo grado de humildad, dice San Buenaventura (2), es desear uno ser tenido de los otros en poco; desear que no os conozcan ni os estimen, y que no haga nadie caso de vos. Si estuviésemos bien fundados en el primer grado de humildad, tendríamos andado mucho camino para llegar á este segundo; si verdaderamente nosotros nos tuviésemos en poco á nosotros mismos, no se nos haría muy dificultoso que los otros tambien nos tuviesen en poco, antes nos holgariamos de ello. ¿Queréislo ver? dice San Buenaventura: todos naturalmente nos holgamos que los demas se conformen con nuestro parecer y sientan lo mismo que nosotros sentimos. Pues si esto es así, ¿por qué no nos holgamos que los otros nos tengan en poco? ¿Sabeis por qué? porque no nos tenemos nosotros en poco; no somos de ese parecer. San Gregorio, sobre aquellas palabras de Job: "Pequé, y verdaderamente delin-

(1) Neque enim in justificationibus nostris prosternimus preces ante faciem tuam, sed in miserationibus tuis multis. Daniel, IX, 18.

(2) Ama nesciri, et pro nihilo reputari. Bonav. Proces. 6. Relig. cap. 22.—Idem Greg. lib. 1. Dialogorum, cap. 5.

qui, y no he padecido lo que merecia (1)," dice (2): muchos con la boca dicen mal de sí, y que son unos tales y unos cuales, y no lo creen ellos así, porque cuando otro les dice aquellas mismas cosas, y aun menores, no lo pueden sufrir. Y estos tales, cuando dicen mal de sí, no lo dicen con verdad; porque no lo sienten ellos así en su corazon, como lo sentia Job cuando decía: "pequé, y verdaderamente he delinquido y ofendido á Dios, y no me ha castigado tanto como yo merecia." Job decía esto con verdad y de corazon; pero estos, dice San Gregorio, solamente se humillan con la boca y exteriormente; mas en el corazon no tienen humildad; quieren parecer humildes, pero no lo quieren ser; porque si de veras lo deseasen, no se sentirian tanto cuando otro les reprende y les avisa de alguna falta, y no se excusarian ni volverian tanto por sí, ni se turbarian como se turban.

Cuenta Casiano (3) que vino un monje al abad Serapion, que en el hábito, meneos y palabras mostraba grande humildad y menosprecio de sí mismo, y nunca acababa de decir mal de sí, que era tan pecador y malo, que no era digno de gozar de este aire comun, ni de la tierra que pisaba; no queria sentarse sino en el suelo, y mucho menos consentir que le lavasen los pies. El abad Serapion, despues de haber comido, comenzó á tratar algunas cosas espirituales, como tenia de costumbre, y cúpole su racion al huésped; dióle un buen consejo con mucho amor y blandura, que pues era mancebo y robusto, procurase residir en su celda y trabajar con sus manos para comer, conforme á la regla de los monges, y no anduviese ocioso discurrien-

(1) Peccavi, et vero deliqui, et ut eram dignus non recepi. Job. XXXIII, 27.

(2) Greg. lib. 24 Mor. c. 12; et lib. 22, c. 11.

(3) Casian. collat. 18, c. 11.

do por las celdas de los demas. Sintió tanto aquel monge esta amonestacion y aviso que no le pudo disimular; sino que lo mostró exteriormente en el semblante del rostro. Entonces dijole el abad Serapion: "¿qué es esto, hijo, que hasta ahora nos decias de tí tantos males y tantas cosas de mucha afrenta y deshonor, y ahora con una amonestacion tan llana como esta, que no contiene en sí injuria, ni afrenta alguna, sino mucho amor y caridad, te has indignado y alterado tanto, que no lo has podido disimular? ¿Esperabas, por ventura, con aquellos males que decias de tí, oír de nuestra boca aquella sentencia del Sábio: "Este es justo y humilde, pues dice mal de sí (1)?" ¿Pretendias que te alabásemos y tuviésemos por justo y por bueno? ¡Ay! dice San Gregorio, que muchas veces eso es lo que pretendemos con nuestras hipocresías y humildades fingidas, y lo que parece humildad, es soberbia grande! Porque muchas veces nos humillamos por ser alabados de los hombres y por ser tenidos por buenos y humildes. Si no, pregunto yo: ¿para qué decis de vos lo que no queréis que crean los otros? Si lo decis de corazon, y andais con verdad, habeis de querer que los otros os crean y os tengan por tal; y si esto no queréis, manifestamente mostrais que en eso no pretendéis ser humillados, sino ser tenidos y estimados. Esto es lo que dice el Sábio: "Hay algunos que se humillan fingidamente, y allá en lo interior su corazon está lleno de soberbia y engaño (2)." Porque, ¿qué mayor engaño que buscar por medio de la humildad ser honrado y estimado de los hombres? ¿Y qué mayor soberbia que pretender ser tenido por humilde? ¿Pretender alabanzas de la humildad, di-

(1) Justus prior est accusator sui. Prov. XVIII, 18.
(2) Est qui acquirit humilitat se, et interiora ejus plerumque sunt dolo. Eccl. XIX, 23.

ce San Bernardo (1), no es virtud de humildad, sino perversion y destruicion de ella. ¿Qué mayor perversion puede ser que esa? ¿Qué cosa puede ser mas fuera de razon que querer parecer mejor, de donde pareceis peor? Del mal que decis de vos queréis parecer bueno y ser tenido por tal, ¿qué cosa mas indigna y mas fuera de razon? San Ambrosio, reprendiendo esto, dice: "Muchos tienen apariencia de humildad, pero no tienen la virtud de la humildad: muchos que parece que exteriormente la buscan, interiormente la contradicen (2)." Es tanta nuestra soberbia, y la inclinacion que tenemos á ser tenidos y estimados, que buscamos mil modos é inventamos mil trazas para esto. Unas veces por indirectas, otras por directas, siempre procuramos llevar el agua á nuestro molino. Dice San Gregorio (3) que es propio de los soberbios, cuando les parece que han hablado ó hecho alguna cosa bien, preguntar á los que lo vieron ú oyeron que les digan las faltas, para que les digan bien de ello; parece se humillan exteriormente, pidiendo que les digan las faltas; pero no es humildad aquella, sino soberbia, porque pretenden con aquello sacar alabanzas. Otras veces comienza uno á decir mal de lo que ha hecho, y dice que ha quedado muy descontento de ello, para con aquello sacar lo que el otro tiene en su pecho, y querria que se lo excusase y le dijese: "no fué por cierto sino muy bien dicho, ó muy bien hecho, y no teneis razon de estar descontento." Eso es lo que el otro buscaba. Llamaba á esta un Padre muy grave y muy es-

(1) Appetere de humilitate laudem, humilitatis non est virtus sed subversio. Quid perversius, quidve indignius, ut inde velis videri melior, unde videris deterior? Bernard. Serm. 16 super Cantica.

(2) Multi habent humilitatis speciem, sed virtutem non habent; multi enim foris pretendunt, et intus impugnant. Ambros. lib. 7 Epist. Epist. 44.

(3) Greg. lib. 20 Mor. cap. 1. (Quid) dicitur. No informatione Novit. cap. 5.

piritual humildad de garabato, porque con ese garabato quereis sacar del otro que os alabe. Acaba uno de predicar, y queda él muy contento y muy pagado de su sermón, y pregunta al otro que le diga las faltas; ¿para qué son esas ficciones é hipocresías? Que no pensais vos que ha habido faltas, no pretendéis sino que os digan bien del sermón, y que concuerden con vuestro parecer, y eso oís de buena gana; y si acaso el otro con llaneza os dice alguna falta, no gustais de ello, antes la defendeis, y aun algunas veces acontece que juzgais al que os notó la falta, de no tan buen entendimiento, y que no tiene buen voto en aquella materia, porque tuvo por falta lo que vos tuvistes por acertado. Todo es soberbia y estimacion, y eso pretendéis sacar con humildades fingidas. Otras veces, cuando no podemos encubrir nuestra falta, la confesamos llanamente, para que ya que perdimos honra con la falta, la ganemos con aquella confesion humilde. Otras veces, dice San Bernardo (1), exageramos nosotros nuestras faltas, y decimos aun mas de lo que es, para que viendo los otros que no es posible ni creible ser tanto como aquello, piensen que no debió de haber falta ninguna en ello, y lo echen todo á humildad nuestra; y así exagerando y diciendo mas de lo que es, quereamos encubrir lo que es. Con mil mañas y marañas procuramos disfrazar y encubrir nuestra soberbia, so capa de humildad.

Y en esto vereis de camino, dice San Bernardo, cuán escelente y preciosa cosa sea la humildad, y cuán baja y afrentosa la soberbia. «Mirad cuán alta y gloriosa cosa es la humildad, pues la misma soberbia se quiere valer de ella y cubrirse con ella (2).»

(1) Bernard. de grad. humil. cap. 9.

(2) Gloriosa res humilitas, qua ipsa quando superbia palliari se appetit, no villoscat. Bernard. ubi supra.

Y mirad cuán baja y vergonzosa cosa es la soberbia, pues no se atreve á parecer descubierta la cara, sino disfrazada y cubierta con velo de humildad; que quedariades vos corrido y afrentado, si el otro entendiese que pretendéis y deseais ser estimado y alabado: porque os tendria por soberbio, que es el mas bajo puesto en que podeis ser tenido, y por eso procurais encubrir vuestra soberbia con muestras de humildad. Pues ¿por qué quereis ser lo que tenéis vergüenza de parecer? Si quedariades avergonzado y corrido de que los otros entendiesen que vos quereis ser alabado y estimado, ¿por qué no os avergonzáis de quererlo? Que el mal en eso está, en quererlo vos, no en que los otros entiendan que lo quereis. Y si teneis vergüenza que los hombres entiendan eso, ¿por qué no la teneis de Dios que lo entiende y vé (1)?

Todo esto nos viene de no estar bien fundados en el primer grado de humildad, y así estamos tan lejos del segundo. Es menester que tomemos este negocio de sus principios; primero conviene que conozcamos nuestra miseria y nuestra nada, y del profundo conocimiento propio ha de nacer en nosotros un sentir muy bajamente de nosotros mismos y despreciarnos y tenernos en poco, que es el primer grado de humildad, y de ahí habemos de subir á este segundo. De manera, que no basta que vos os tengais en poco; no basta que vos digais mal de vos, aunque lo digais de verdad y de corazón, y lo sintais así; sino habeis de procurar llegar á holgaros que los otros tambien sientan de vos eso mismo que vos sentís y decís, y os desprecien y tengan en poco. Dice San Juan Climaco (2): no es humilde el que se abate y di-

(1) Imperfectum meum viderunt oculi tui. Ps. CXXXVIII, 16.

(2) Climacus, cap. de vanagloria.

ce mal de sí; porque ¿quién hay que no se sufra á sí mismo? Sino aquel es humilde, que con paz huelga ser despreciado y maltratado de otros. Bueno es que uno diga siempre mal de sí, que es un soberbio, perezoso, impaciente, negligente y descuidado; pero mejor seria que guardase eso para cuando otro se lo dice. Si vos deseais que los otros sientan eso mismo, y os tengan en esa posesion y figura, y os holgais de oír esas cosas, cuando se ofrece la ocasion, esa es verdadera humildad.

CAPITULO XIV.

De algunos grados y escalones por donde habemos de subir á la perfeccion de este segundo grado de humildad.

Por ser este segundo grado de humildad de lo mas práctico y dificultoso que hay en el ejercicio de esta virtud, dividiremosle, como le dividen algunos Santos (1), y haremos de él cuatro grados ó escalones, para que así poco á poco, y como por sus pasos contados, vamos subiendo á la perfeccion de la humildad que este grado nos pide. El primer escalon es no desear ser honrado y estimado de los hombres, antes huir de todo lo que dice honra y estimacion. Llenos tenemos los libros de ejemplos de Santos que estaban tan lejos de desear ser tenidos y estimados del mundo, que huían de las honras y dignidades y de todas las ocasiones que les podian acarrear estimacion delante de los hombres, como de un enemigo capital. De esto nos dió primero ejemplo Cristo nuestro Redentor y Maestro (2), que huyó cuando entendió que querian venir á elegirle por rey, despues de aquel famoso milagro de haber

hartado á cinco mil hombres con cinco panes y dos peces, no teniendo él peligro alguno en ningun estado, por alto que fuese, sino para darnos ejemplo. Y por la misma razon, cuando manifestó la gloria de su Sacratísimo Cuerpo á sus tres discípulos en su admirable Transfiguracion, les mandó (1) que no lo dijesen á nadie hasta despues de su muerte y gloriosa Resurreccion; y dando vista á los ciegos y haciendo otros milagros, les encargaba el secreto: todo para darnos á nosotros ejemplo que huyamos de la honra y estimacion de los hombres, por el gran peligro que en ello hay de desvanecernos y perdernos.

En las Crónicas de la Orden del bienaventurado San Francisco se cuenta (2), que oyendo Fr. Gil contar la caida de Fr. Elías, que habia sido ministro general y gran letrado, y entonces era apóstata y descomulgado porque se fué para el emperador Federico II, rebelde á la Iglesia, échose Fr. Gil en tierra, oyendo estas cosas, y apretábase fuertemente con ella. Y preguntando por qué hacia aquello, respondió: «quiero descender cuanto pudiere, porque aquel cayó por subir mucho.» Gerson trae á este propósito aquello que fingen los poetas de Anteo, gigante, hijo de la tierra, que peleando con Hércules, cada vez que se echaba en la tierra cobraba nuevas fuerzas, y así no podia ser vencido; pero Hércules, cayendo en la cuenta, levantóle en alto, y así le cortó la cabeza. Esto, dice Gerson (3), pretende el demonio con las alabanzas, honras y estimacion del mundo, levantarnos en alto, para degollarnos y hacernos dar mayor caida; y por eso el verdadero humilde se echa en la tierra de

(1) Matth. IX, 30. — Marc. VII, 26.

(2) Part. 1, lib. 7, cap. 8 de la Crónica de San Francisco.

(3) Gerson, serm. de humilit. in Coena Domini.

(1) Anselm. lib. de similit.

(2) Joann. VI, 18.

su propio conocimiento, y teme y huye tanto ser levantado y estimado.

El segundo escalon, dice San Anselmo, es: «Sufrir con paciencia ser despreciado de otros (1);» que cuando se os ofreciere alguna ocasion que parezca que es menoscabo y desprecio vuestro, la lleveis bien. Ahora no tratamos de que deseéis injurias y afrentas, y que las andeis á buscar y os holgueis y regocijeis en ellas; de eso trataremos despues, que es cosa mas alta y mas perfecta. Lo que decimos es que, á lo menos, cuando se ofreciere la ocasion de alguna cosa que toque á vuestro desprecio, la lleveis con paciencia, si no podeis con alegría, conforme á aquello del Sábio: «Todo lo que se te ofreciere, aunque sea muy contrario al gusto y á la sensualidad, recíbelo bien, y aunque te duela, súfrela con humildad y paciencia (2).» Este es un medio muy grande para alcanzar la humildad y para conservarla. Porque asi como la honra y estimacion de los hombres es ocasion para ensoberbecernos y desvanecernos, y por eso huian tanto de ella los Santos; asi todo lo que es nuestro desprecio y desestima, es muy grande medio para alcanzar la humildad y conservarnos y crecer en ella. Decia San Laurencio Justiniano, que la humildad es semejante al arroyo ó corriente, que en el invierno lleva grande avenida y en el verano pequeña; asi la humildad, con la prosperidad desmedra y con la adversidad crece. Muchas son las ocasiones que de esto se nos ofrecen cada dia, y grande ejercicio de humildad podriamos traer si anduviésemos con atencion y cuidado de aprovecharnos de ellas. Dice muy bien aquel Santo (3): «Lo que agra-

(1) Ut patiatu contemptibiliter se tractari, Anselm.
(2) Quia quod tibi applicitum fuerit, accipere, et la dolere cupino, et in humilitate tua patientiam habere. Reg. II, 6.
(3) Tomás de Kempis.

da á los otros, irá adelante; lo que á tí te contenta, no se hará: lo que dicen los otros, será oido; lo que dices tú, será contado por nada: pedirán los otros, y recibirán; tú pedirás, y no alcanzarás: otros serán muy grandes en la boca de los hombres, de tí no se hará cuenta; á los otros encargarán los negocios, tú serás tenido por inútil. Por esto entristecerse há la naturaleza; mas será gran cosa si lo sufres callando.» Cada uno éntre en cuenta consigo y vaya discurrendo en particular por las ocasiones que se pueden y suelen ofrecer, y vea cómo le va en ellas. Mirad cómo os va cuando alguno os manda con imperio y resolucion; mirad cómo os va cuando os avisan ó reprenden alguna falta; mirad lo que sentís cuando os parece que el superior no hace mucha confianza de vos, sino que antes anda con recato. Dice San Doroteo: cualquier ocasion de estas que se os ofreciere, recibidla como remedio y medicina para curar y sanar vuestra soberbia, y rogad á Dios por el que os ofrece esta ocasion, como por médico de vuestra alma, y persuadios que el que aborrece estas cosas aborrece la humildad.

El tercer escalon que tenemos de subir, es no holgarnos ni tomar contentamiento cuando somos alabados y estimados de los hombres. Esto es mas dificultoso que lo pasado. Dice San Agustin: «Aunque es fácil cosa carecer de la alabanza, y no se nos dar nada de no ser alabados ni honrados, cuando eso no se ofrece; pero no holgarse uno cuando le alaban y estiman, y no tomar contentamiento en eso, es muy dificultoso (1).» San Gregorio trata muy bien de este punto, sobre aquellas palabras de Job: «Si ví al sol cuando resplandecia, y á la

(1) Et si ouquam facilla est laude carere, dum donegatur, difficile est ea non delectari cum offertur. August. epist. 94 ad Aurelium Episcopum.

luna cuando andaba claramente, y se alegró allá dentro mi corazon (1),» dice San Gregorio (2) que esto dice Job porque no se holgaba ni tomaba vano contentamiento en las alabanzas y estimacion de los hombres, que eso es mirar al sol cuando resplandece, y á la luna cuando está con claridad: mirar uno la buena fama y opinion que tiene cerca de los hombres y sus alabanzas, y holgarse y contentarse de eso. Pues dice que esta diferencia hay entre los soberbios y los humildes, que los soberbios huélganse cuando los alaban, y aunque sea mentira el bien que dicen de ellos, se huelgan porque no tienen cuenta con lo que son verdaderamente en sí y delante de Dios: solo pretenden ser tenidos y estimados de los hombres, y asi se alegran y engrienen con eso, como quien ha alcanzado el fin que pretendia. Empero el verdadero humilde de corazon, cuando ve que le alaban y estiman, y dicen bien de él, entonces se encoje y se confunde mas, conforme á aquello del Profeta: «Cuando me ensalzaban, entonces me humillaba yo mas, y andaba con mayor vergüenza y temor (3).» Y con razon, añade San Gregorio (4), porque teme no sea castigado de Dios por no tener aquello de que es alabado, ó si por ventura lo tiene, teme no se libre su premio y galardón en aquellas alabanzas; y le digan despues: «Ya recibiste en tu vida el premio de tus obras (5).»

De manera, que de lo que los soberbios toman ocasion para engreirse y desvanecerse, que es de las alabanzas de los

(1) Si vidi solem cum fulgeret, et lunam incedentem clare, et laetatum est in abscondito cor meum. Job. XXXI, 26.
(2) Greg. lib. 22 Mor. c. 6.
(3) Exaltatus autem, humiliatus sum, et conturbatus. Ps. LXXXVII, 16.
(4) Cauta enim consideratione trepidat, ne aut de his, in quibus laudatur, et non sunt, majus Dei iudicium inveniat, aut de his, in quibus laudatur, et sunt, competens praemium perdat. Gregor.
(5) Receptisti bona in vita tua. Luc. XVI, 25.

hombres, de eso toman los humildes ocasion para confundirse y humillarse mas. Y eso es, dice S. Gregorio (1), lo que dice el Sábio: «Asi como la plata se prueba en el lugar donde es fundida, y el oro en el crisol, asi es probado el hombre en la boca de quien le alaba (2).» La plata ó el oro, si es malo, en el fuego se consume; mas si bueno, en el fuego se clarifica y purifica mas. Pues asi, dice el Sábio, se prueba el hombre con las alabanzas. Porque el que cuando es alabado y estimado, se ensalza y envanece con las alabanzas que oyé, ese es oro ó plata no buena, sino reprobada, pues le consume el crisol de la lengua; pero el que oyendo alabanzas suyas, de allí toma ocasion para humillarse y confundirse mas, es plata y oro finísimo, pues no se consumió con el fuego de las alabanzas; antes quedó mas acendrado y clarificado con ellas, porque quedó mas humillado y confundido. Pues tomad esta por señal de si vais aprovechando en virtudes y humildad, ó no, pues por tal nos la da el Espiritu Santo. Mirad si os pesa cuando os alaban y estiman, ó si os holgais y contentais de eso, y ahí vereis si sois oro, ú oropel. De nuestro P. S. Francisco de Borja leemos (3) que ninguna cosa le daba tanta pena como cuando se veia honrar por Santo ó por siervo de Dios. Y preguntado una vez por qué se afligia tanto de ello, pues él no lo deseaba ni procuraba, respondió que temia la cuenta que habia de dar á Dios por ello, siendo él tan otro del que se pensaba; que es lo que deciamos de S. Gregorio. Asi nosotros tenemos de estar tan fundados en nuestro propio conocimiento, que no basten

(1) Greg. lib. 22 Mor. c. 9.
(2) Quomodo probatur in conflatorio argentum, et in fornace aurum, sic probatur homo ore laudantis. Prov. XXII, 21.
(3) Lib. 4 c. 1 de la vida de N. P. S. Francisco de Borja.

los vientos de las alabanzas y estimacion de los hombres á levantarnos y sacarnos de nuestra nada. Antes entonces nos habemos de confundir y avergonzar mas, viendo que son falsas aquellas alabanzas y que no hay en nosotros aquella virtud de que nos alaban, ni somos tales cuales el mundo nos predica y habiamos de ser.

CAPITULO XV.

Del cuarto escalon, que es desear ser despreciados y tenidos en poco y holgarlos con ello.

El cuarto escalon para llegar á la perfeccion de la humildad, es, que desee uno ser despreciado y tenido en poco de los hombres, y que se huelgue con la deshonra, injurias y menosprecios. Dice S. Bernardo: «El verdadero humilde desea ser tenido de los otros en poco, no por humilde, sino por vil, y gózase en eso (1).» Este es el segundo grado de humildad, y en esto consiste la perfeccion de él; y por esto, dice (2), se compara la humildad al nardo, yerba pequeña y odorifera, conforme á aquello de los Cantares: «Mi nardo esparció su olor (3);» porque entonces se estiende y esparce el olor de este nardo de la humildad á los demas, cuando no solo vos os teneis en poco, sino quereis y deseais que los demas tambien os desprecien y tengan en poco.

Nota San Bernardo (4) que hay dos maneras de humildad; una que está en el entendimiento, que es cuando uno mirándose á sí mismo y viendo su miseria y vileza, convencido de la verdad, se tiene en poco y se juzga por digno de todo

(1) Verus humilis, vilis vult reputari, non humilis predicari: et gaudet de contemptu sui. Bernard. serm. 15 super Cantica.

(2) Sermon. 42 super Cantica.

(3) Nardus mea dedit odorem suum. Cant. II, 11.

(4) Sermon. 24 super Cantica.

desprecio y deshonra; otra está en la voluntad, y es, cuando uno quiere ser tenido de otros en poco, y desea ser despreciado y deshonrado de todos. En Cristo nuestro Redentor, dice, no hubo la primera humildad de entendimiento, porque no podia Cristo tenerse á sí mismo en poco, ni por digno de desprecio y deshonra, porque se conocia él bien á sí mismo y sabia que era verdadero Dios é igual al Padre (1); mas hubo en él la segunda humildad de corazon y de voluntad; porque por el grande amor que nos tuvo, quiso abatirse y desautorizarse, y parecer vil y despreciado delante de los hombres. Y así dice él: «Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazon (2)» y de voluntad. Empero en nosotros ha de haber ambas humildades; porque la primera sin la segunda, es falsa y engañosa. Querer parecer y ser tenido por otro de lo que verdaderamente sois, falsedad y engaño es. El que verdaderamente es humilde, y de veras siente bajamente de sí y se desprecia él á sí mismo y se tiene en poco, háse de holgar tambien que los otros le desprecien y tengan en poco.

Esto es lo que habemos de aprender de Cristo. Mirad cuán de corazon y con cuán gran deseo y voluntad abrazó él los desprecios y deshonras por nuestro amor, que no se contentó con abatirse y apocarse, haciéndose hombre y tomando forma y hábito de siervo el que es Señor de los cielos y de la tierra, sino que quiso tomar forma y hábito de pecador. Dice el Apóstol: «Envió Dios á su Hijo en traje y semejanza de hombre pecador (3).» No tomó pecado,

(1) Non rapinam arbitratus est esse se aequalem Deo, sed semetipsum exinanivit formam servi accipiens. Ad Phil. II, 6.

(2) Discite a me, quia mitis sum, et humilis corde. Matth. XI, 29.

(3) Deus Filium suum mittens in similitudinem carnis peccati. Ad Rom. VIII, 3.

porque no pudo haber en él; pero tomó el cauterio y señal de pecadores, porque quiso ser circuncidado como pecador, y bautizado entre pecadores y publicanos, como si fuera uno de ellos, y ser tenido en menos que Barrabás, y ser juzgado por peor y mas indigno de la vida que él. Finalmente, era tan grande el deseo que tenia de padecer afrentas, escarnios y vituperios por nuestro amor, que le parecia que se tardaba mucho aquella hora, en la cual, embriagado de amor, habia de quedar desnudo, como otro Noé, para ser escarnecido de los hombres. «Con bautismo, dice (1), tengo de ser bautizado,» con bautismo de sangre, «y cómo vivo en estrechura hasta que se ponga por obra!» «Con deseo he deseado que se llegué ya esta hora (2),» en la cual no se verán sino escarnios y vituperios nunca vistos, bofetadas y pescotones, como á esclavo, escupirle su cara como á blasfemo, vestirle de blanco como á loco, y de púrpura como á rey fingido, y sobre todo los azotes, que es castigo de ladrones y malhechores, y el tormento de la cruz en compañía de ladrones, que en aquel tiempo era el mas vergonzoso é ignominioso linage de muerte que habia en el mundo. Esto es lo que con gran deseo estaba deseando Cristo nuestro Redentor. Dice el Profeta en su nombre: «estaba esperando improperios y afrentas (3),» como quien esperaba una cosa muy agradable y de que gusta mucho, que de esas cosas es la esperanza, como el temor de las que dan pena y tristeza. Y el profeta Jeremias dice que estaba deseando esta hora para hartarse de oprobios, escarnios y afren-

tas (4), como de cosa de que él tenia grande hambre, y de que gustaba mucho, y le era muy sabrosa, por nuestro amor.

Pues si el Hijo de Dios deseó con tan gran deseo los desprecios y deshonras, y las recibió con tan grande gusto y contento por nuestro amor, no siendo digno de ellas, no será mucho que nosotros, siendo dignos de todo desprecio y deshonra, deseemos por su amor ser tenidos siquiera en lo que somos, y que nos holguemos con las deshonras y menosprecios que merecemos, como lo hacia el Apóstol San Pablo, cuando decía: «Por lo cual me huelgo en las enfermedades, en las injurias, afrentas, necesidades, persecuciones y angustias por Cristo (2).» Y escribiendo á los Filipenses, tratando de su prision, les pide que le sean compañeros en la alegría que tenia por verse preso en aquella cadena con Cristo (3). Tenia tanta abundancia de gozo en las persecuciones y trabajos que padecia, que podia repartir alegría por los compañeros, y así los convidaba á que participasen de su alegría. Esta es la leche que mamaron á los pechos de Cristo los sagrados Apóstoles. Y así leemos de ellos que iban gozosos y regocijados cuando los llevaban presos delante de los presidentes y sinagogas, y tenían por gran regalo y merced de Dios ser dignos de padecer afrentas é injurias por el nombre de Cristo (4). Esto imitaron despues los Santos, como un San Ignacio, que cuando le llevaban á martirizar á Roma con muchos denuestros é injurias, iba con grande alegría, y decía: «Ahora comienzo á ser discípulo de

(1) Saturabitur oprobis. Tironum III, 30.

(2) Propter quod placeo mihi in infirmitatibus meis, in contumeliis, in necessitatibus, in persecutionibus, in angustiis pro Christo. II. ad Cor. XII, 10.

(3) Ad Phil. I, 7.

(4) Et illi quidem ibant gaudentes a conspectu concilii, quoniam digni habiti sunt pro nomine Jesu contumeliam pati. Actuum III, 41.

Cristo (1). Esto quiere nuestro Padre que imitemos nosotros, y nos lo encarga con palabras de grande encarecimiento y ponderacion. Los que entraren y viven en la Compañia han, dice (2), de advertir y ponderar delante de nuestro Criador y Señor, en cuánto grado ayuda y aprovecha á la vida espiritual aborrecer en todo, y no en parte, cuánto el mundo ama y abraza, y admitir y desear con todas las fuerzas posibles quanto Cristo nuestro Señor ha amado y abrazado; y como los mundanos, que siguen el mundo, aman y buscan con tanta diligencia honras, fama y estimacion de mucho nombre en la tierra, como el mundo les enseña; así los que van en espíritu y siguen de veras á Cristo nuestro Señor, aman y desean intensamente todo lo contrario; es á saber, vestirse de la misma vestidura y librea de su Señor por su divino amor y reverencia; tanto, que donde á su Divina Magestad no le fuese ofensa alguna, ni al prójimo imputado á pecado, desean pasar injurias, falsos testimonios y afrentas, y ser tenidos y estimados por locos, no dando ellos ocasion alguna de ello, por desear parecer é imitar en alguna manera á nuestro Criador y Señor Jesucristo. En esta regla está cifrado todo lo que podemos decir de la humildad. Esto es haber dejado y aborrecido de veras el mundo y lo mas fino de él, que es el apetito y deseo de ser tenidos y estimados; esto es, estar muertos al mundo y ser de veras religiosos; que como los del mundo desean honra y estimacion, y se huelgan con ella, así nosotros deseamos deshonoras y menosprecios, y nos holguemos con ellos. Esto es ser de la Compañia de Jesus y compañeros de Jesus; que le hagamos compañía, no solo en el nombre,

(1) Nunc incipio Christi esse discipulus.
 (2) Cap. 4 examinis, § 44; et Regul. 11 Summarii.

sino en sus deshonoras y menosprecios, y nos vistamos de sulibrea, siendo afrentados y despreciados del mundo con él y por él, y alegrándonos y regocijándonos en esto por su amor. Vos, Señor, fuistes pregonado públicamente por malo y puesto entre dos ladrones como malhechor; no permitais que yo sea pregonado por bueno, que no es razon que el sieryo sea tenido en mas que el Señor, ni el discípulo en mas que su Maestro (1). Pues á vos, Señor, os persiguieron y menospreciaron, persiganme á mí, desprécienme, afréntenme, para que así os imite á vos y parezca discípulo y compañero vuestro. Decia el P. San Francisco Javier (2) que tenia él por cosa indigna que un hombre cristiano, que ha de traer siempre en la memoria las afrentas que hicieron á Cristo nuestro Señor, guste de que los hombres le honren y veneren.

CAPITULO XVI.

Que la perfeccion de la humildad y de las demás virtudes está en hacer sus actos con deleite y gusto, y cuánto importa esto para perseverar en la virtud.

Doctrina es comun de los filósofos que la perfeccion de la virtud consiste en hacer los actos de ella con deleite y gusto; porque tratando de las señales por donde se conoce si uno ha alcanzado el hábito de la virtud, dicen que son cuando obra las obras de aquella virtud «con prontitud, facilidad y deleite:» *prompte, faciliter, et delectabiliter*: el que tiene adquirido hábito de algun arte ó ciencia, obra con grandísima prontitud y facilidad las obras de ella. Y así vemos que el que es músico, como tiene ya adquirido el hábito de la música, tañe con grandísima facilidad y prontitud, y no ha menester prevenirse, ni estar pensando en eso, que aun

(1) Matth. X, 24.
 (2) Lib. 2, cap. 3 *vitas P. S. Francisci Xavier.*

pensando en otra cosa, tañe muy bien. Pues de la misma manera obra los actos de la virtud el que tiene adquirido hábito de ella. Y así, si quereis ver si habeis adquirido la virtud de la humildad, mirad lo primero si obrais las obras de ella con prontitud y facilidad; porque si sentís repugnancia y dificultad en las ocasiones que se os ofrecen, es señal que no habeis alcanzado perfectamente la virtud. Y si para llevarlas bien habeis menester prevenciones y consideraciones, buen camino es este para alcanzar la perfeccion de esa virtud, pero al fin es señal que aun no la habeis alcanzado: como el que para tañer ha menester ir pensando dónde ha de poner este dedo, dónde estotro, y acordándose de las reglas que le han dado, bien va para aprender á tañer, pero es señal que aun no ha adquirido el hábito de la música, porque ese no ha menester acordarse de nada de eso para tañer bien. Y así dijo allá Aristóteles: «El que tiene ya adquirido perfectamente el hábito de algun arte, éle tan fácil el obrar los actos de ella que no ha menester ponerse á pensar, ni á deliberar, cómo los ha de hacer, para hacerlos bien (1).» Y así vienen á decir los filósofos, que de los actos repentinos é indeliberados se conoce la virtud de uno (2). No se conoce la virtud en las cosas que uno hace muy de pensado, sino en los actos que hace descuidadamente.

Y aun mas que esto dicen los filósofos. Plutarco (3), tratando cómo se conocerá cuándo uno ha alcanzado la virtud, pone doce señales, y una de ellas, que nos la dejó, dice, escrita aquel gran filósofo llamado Zenon, es por los sueños; si aun en sueños, cuando estais durmiendo, no os vienen mo-

vimientos malos, ni imaginaciones torpes y deshonestas, ó cuando os vienen, no tomáis gusto ni contentamiento ninguno en ellas, sino antes pena y estais resistiendo á la tentacion y á la delectacion entre sueños, como si estuviéades despierto, esa es señal de estar la virtud muy arraigada en vuestra alma, y que no solamente la voluntad está sujeta á la razon, sino tambien la sensualidad é imaginacion. Así como cuando los caballos que llevan un coche están bien domados y amaestrados en aquello, aunque el cochero, que los rige, afloje las riendas y se vaya durmiendo, ellos se van su camino derecho sin errar; así, dice este filósofo, los que han alcanzado perfectamente la virtud, y han ya domado y sujetado del todo los afectos y apetitos brutales, aun durmiendo, van su camino derecho. San Agustin nos enseña tambien esta doctrina; pues dice que algunos siervos de Dios tienen tanto amor y aficion á la virtud y á la guarda de los Mandamientos de Dios y tanto aborrecimiento al vicio, y están tan hechos y acostumbrados á resistir en vela á las tentaciones, que aun en sueños tambien las resisten (1). Del P. S. Francisco Javier leemos en su vida (2), que una tentacion ó ilusion que tuvo durmiendo, hizo tanta fuerza para resistirla, que con la fuerza echó tres ó cuatro bocanadas de sangre. De esta manera declaran algunos aquello de San Pablo: «Ora velemos, ora durmamos, siempre vivamos con él (3);» que quiere decir, no solo que viviendo y muriendo siempre vivamos con Cristo, que es la comun esposicion; sino que los fervorosos siervos de Dios siempre han de vivir con Cristo, no

(1) Ars perfecta non deliberat; tam sibi facilis est actus suus. *Arist. 3 ethicorum, c. 8.*
 (2) In repentinis secundum habitum operamur.
 (3) Plutarch. lib. de profectu morum.

(1) Domine, memores mandatorum tuorum etiam in somnis resistimus. *Aug. lib. 12 sup. Genes. ad litteram, cap. 15.*
 (2) Lib. 6, cap. 6 de la *Vida del P. S. Francisco Javier.*
 (3) Sive vigilemus, sive dormiamus, simul cum illo vivamus. *I. ad Thesalon. V, 10.*